

(Saludo)

El planeta se regenera solo.

Esta simple frase, esta fórmula, es lo único que debemos recordar cada vez que nos sentimos demasiado satisfechos de nuestras acciones, como fieles servidores de una causa que al fin siempre será cruel—así de ajena y perfecta en sí misma, o como el que vaga con un vaso hueco en la mano, una semilla en la otra.

La fe mueve montañas, dice el dicho, pero antes de eso —dice la leyenda— las montañas tenían alas y surcaban los cielos agitando tanto el aire que la tierra, estremecida, contenía el aliento en sus entrañas.

¿Los sueños contenidos de la tierra vendrían a ser los metales?
¿Los metales pesados? ¿Las pesadillas que nos persiguen en la noche de las generaciones?

Está escrito en cifras, y en poemas.

A principios del siglo xx, un poeta y soldado ruso anotó en su libreta:

Como diamante sobre diamante se precipitan las estrellas,
(...)
y cada paso es nuestro y no es nuestro.
(...)

A nuestras espaldas hay niños
sin ojos y sin piernas,
pueblos enteros sin pan, ni luz, ni agua.
(...)

A la sombra de los árboles, tumbados
sobre el pasto, soñamos con poder dormir
por primera vez ausentes y sin muertes,
por primera vez al cabo de tres años.

Soñamos que dentro de cien años más
no existirán tales infortunios.
Pero sobre ello no se pueden hacer canciones,
ni se puede contar de cualquier modo.

A principios del siglo xxi, la edición en red de un periódico británico estima que, de cesar inmediatamente toda actividad humana, en 50 años se recuperarían las poblaciones de peces de agua dulce, en poco más de 200 colapsarían las construcciones de metal, en 1000 el nivel atmosférico de dióxido de carbono sería equivalente al de la era preindustrial, y sólo después de 50 siglos se degradarían los restos de vidrio y plástico, aunque los residuos nucleares seguirían siendo letales por 2 millones de años o más.

No sé por qué las cifras no parecen convincentes.

O acaso: la idea de un mundo que, para recuperar su biodiversidad, requiere que la especie dominante renuncie a sus impulsos parece demasiado frágil.

O acaso: postular que una restauración biótica es posible o deseable implica una completa falta de imaginación —y de realismo. La vida no se recicla; simplemente, se sobrepone adaptándose a las condiciones dadas, sean cuales fueren.

Así pues, el planeta se regenera solo.

El proceso de curación es natural e inevitable.

A su paso, el ritmo de las mareas, las lluvias y los vientos habrán de renovar la vida que combatimos con furia ciega y ahora buscamos reparar con ademanes torpes de recién despiertos.

Pero es mejor que lo aceptemos: no somos más que auxiliares. No debemos exagerar el valor de nuestra colaboración. Si no

estuviéramos aquí, el planeta seguramente encontraría alguna clase de equilibrio en... cierto —largo— tiempo. Lo que convierte a nuestras dedicadas labores en puros espejismos, y a nuestras intenciones en un puñado de pasto quemado por el hielo esta mañana.

Hasta mañana,
y así
sucesivamente.

En el fondo de un pozo
cuya boca ha sido tapada desde afuera
sin un resquicio que permita la entrada de la luz
un hombre, solo, con una botella de agua.
Debe meditar, si puede, sobre la impermanencia de las cosas
pero en cambio elige adivinarse las uñas de los pies.
Ha fracasado en todo: ni el amor,
ni la pura poesía en estado salvaje,
ni el ideal paupérrimo de una vida dedicada al arte.
Tiene cuarenta años y no puede mirar hacia adelante,
tampoco hacia atrás. (El pasado
es una cortina de humo sobre todas las cosas;
su sola noción opaca los usos del presente,
en cierto modo lo desanda.)
En el fondo del pozo, el hombre,
que es chino y está a punto de morir pero no (y él lo sabe),
imagina que enciende un fósforo;
siente en la yema de los dedos la aspereza
de la pólvora: el fulgor repentino que lo fascinó en su infancia
es ahora, en el pozo, un sueño sin dimensión.
(Un fantasma sin cara, él mismo sin su aspecto.)
En el fondo del pozo el hombre podría ser cualquiera,
sumirse en la historia colectiva como quien cava una fosa común.
Ser víctima o verdugo: ha perdido los límites. Desconoce
el peso permanente que arrastra sobre sí.
Él quisiera dejarse deslizar por la vía más fácil:
hacer de sus sentidos afilados un aquí y un ahora.
Pero sólo conoce aquello que lo espera: el hambre, la sed.
Como un monje suicida o destinado a la automomificación,
el hombre "que antes tuvo una esposa, a la que amaba"

querría tener ahora, en el pozo, una campana.

Una campana de tañido minúsculo para anunciar que todavía sigue vivo.

En sus horas de miedo dice palabras sueltas, destajos de un poema que no sabe o no quiere recordar. Pasa la yema del pulgar por los labios resecaos. Supone que sería más fácil dejar de respirar.

En el fondo del pozo el hombre quisiera ser juez de su propia vida e inclinar el platillo hacia el lado de los inocentes, los que sin más que su paciencia resignada esperan las tramas infinitas.

Pero sabe que de algún modo es culpable de estar allí sentado, solo, en la extrema oscuridad.